

## Rapidito

Club Gay de Lectura express

Guía de Lectura

### La muerte de Madonna de Pedro Lemebel

#### Algunas preguntas

##### 1) Lemebel cronista de su entorno

¿Qué rol juega la experiencia vital del escritor en la producción del texto? ¿Se trata de una literatura en la que se busca la representación del otro? ¿Se trata de una literatura autobiográfica?

Escribe Oscar Contardo en su biografía de Lemebel: *en sus escritos, Lemebel relata un mundo que no había aparecido antes. Ningún escritor en la cultura chilena se hacía llamar así mismo "loca", y menos aún contaba cómo vivían las locas, ni cómo vivían los pobres. Era un cambio rotundo, allí donde sólo las clases acomodadas podían hacerse un nombre en la literatura, Lemebel describe y retrata su entorno.*

##### 2) Contrastes

¿Hay en la figura de la Madonna un relato tercermundista? ¿Qué nos permite leer el contraste entre la diva pop de Norteamérica y una travesti pobre de Chile? ¿En qué punto se conectan ambas vidas? ¿Cómo se explica la identificación con el ícono pop? ¿Hay una reapropiación de su figura? ¿Y qué pasa con la muestra de Nemesio Altunez donde la Madonna se llevó todas las miradas? ¿Juega acaso Lemebel con ese contraste entre la marginalidad travesti, el arte pop y las altas esferas del arte?

##### 3) Escándalo

¿Cómo se explica el escándalo de contar la vida de una travesti prostituta a principios de los noventa en Chile?

##### 4) Lo queer y la literatura

Dice Lemebel en una entrevista: "me muevo en los límites escriturales, en las fronteras de los géneros. Navego entre las fronteras sexuales y literarias". A partir de esta cita, nos gustaría introducir la siguiente pregunta: ¿qué es lo queer/ gay en la

literatura? ¿qué paralelismos pueden establecerse entre los géneros literarios y sexuales? ¿qué sucede con la hibridez textual? ¿qué sucede con el barroco?

## La muerte de Madonna

Por Pedro Lemebel

En ***Loco afán: crónicas de sidario*** (1996)

Fue la primera que se pegó el misterio en el barrio San Camilo. Por aquí, casi todas las travestis están infectadas, pero los clientes vienen igual, parece que más les gusta, por eso tiran sin condón.

Ella sola se puso Madonna, antes tenía otro nombre. Pero cuándo la vio por la tele se enamoró de la gringa, casi se volvió loca imitándola, copiando sus gestos, su risa, su forma de moverse. La Madonna tenía cara de mapuche, era de Temuco, por eso nosotros la molestábamos, le decíamos Madonna Peñi, Madonna Curilagüe, Madonna Pitrufquén. Pero ella no se enojaba, a lo mejor por eso se tiñó el pelo rubio, rubio, casi blanco. Pero ya el misterio le había debilitado las mechas. Con el agua oxigenada se le quemaron las raíces y el cepillo quedaba lleno de pelos. Se le cala a mechones. Nosotros le decíamos que parecía perra tiñosa, pero nunca quiso usar peluca. Ni siquiera la hermosa peluca platinada que le regalamos para la Pascua, que nos costó tan cara, que todos los travestis le compramos en el centro juntando las chauchas, peso a peso durante meses. Solamente para que la linda volviera a trabajar y se le pasara la depre. Pero ella, orgullosa, nos dio las gracias con lágrimas en los ojos, la apretó en su corazón y dijo que las estrellas no podían aceptar ese tipo de obsequios

Antes del misterio, tenía un pelo tan lindo la diabla, se lo lavaba todos los días y se sentaba en la puerta peinándose hasta que se le secaba. Nosotros le decíamos: Éntrate niña, que va a pasar la comisión, pero ella, como si lloviera. Nunca le tuvo miedo a los pacos. Se les paraba bien altanera la loca, les gritaba que era una artista, y no una asesina como ellos. Entonces le daban duro, la apaleaban hasta dejarla tirada en la vereda y la loca no se callaba, seguía gritándoles hasta que desaparecía el furgón. La dejaban como membrillo corcho, llena de moretones en la espalda, en los riñones, en la cara. Grandes hematomas que no se podían tapar con maquillaje. Pero ella se reía. Me pegan porque me quieren, decía con esos dientes de perla que se le fueron cayendo de a uno. Después ya -no quiso reírse más, le dio por el trago, se lo tomaba todo hasta quedar tirada y borracha que daba pena.

Sin pelo ni dientes, ya no era la misma Madonna que tanto nos hacía reír cuando no venían clientes. Nos pasábamos las noches en la puerta, cagadas de frío haciendo chistes. Y ella imitando a la Madonna con el pedazo de falda, que era un chaleco beatle que le quedaba largo. Un chaleco canutón, de lana con lamé, de esos que venden en la ropa americana. Ella se lo arremangaba con un cinturón y le quedaba una regia minifalda. Tan creativa la cola, de cualquier trapo inventaba un vestido.

Cuando se puso la silicona le dio por los escotes. Los clientes se volvían locos cuando ella les ponía las tetas en la ventana del auto. Y parece que veían a la verdadera Madonna diciendo: Mister, lovmi plis.

Ella se sabía todas las canciones, pero no tenía idea lo que decían. Repetía como lora las frases en inglés, poniéndole el encanto de su cosecha analfabeta. Ni falta hacía saber lo que significaban los alaridos de la rucia. Su boca de cereza modulaba tan bien los tuyú, los miplís, los rimernber lovmi. Cerrando los ojos, ella era la Madonna, y no bastaba tener mucha imaginación para ver el duplicado mapuche casi perfecto. Eran miles de recortes de la estrella que empapelaban su pieza. Miles de pedazos de su cuerpo que armaban el firmamento de la loca. Todo un mundo de periódicos y papeles colorinches para tapar las grietas, para empapelar con guiños y besos Monroe las manchas de humedad, los dedos con sangre limpiados en la muralla, las marcas de ese rouge violento cubierto con retazos del jet set que rodeaba a la cantante. Así, mil Madonnas revoloteaban a la luz cagada de moscas que amarilleaba la pieza, reiteraciones de la misma imagen infinita, de todas formas, de todos los tamaños, de todas las edades; la estrella volvía a revivir en el terciopelo enamorado del ojo coliza. Hasta el final, cuando no pudo levantarse, cuando el sida la tumbó en el colchón hediondo de la cama. Lo único que pidió cuando estuvo en las despedidas fue escuchar un cassette de Madonna y que le pusieran su foto en el pecho.

Nemesio Antúnez y Madonna

Seguramente entonces, por allá en los años ochenta, cuando el arte corporal era el boom de la cultura chilena. Cuando el cuerpo expuesto podía representar y denunciar los atropellos de la dictadura. Quizás, en ese alambrado marco cultura nadie hubiera imaginado que la metáfora «LO QUE EL SIDA SE LLEVÓ» se coagularía en varios de los personajes que participaron de aquella acción de arte en la calle San Camilo. Un perdido reducto del travestismo prostibular que desaparecía en Santiago.

La intervención escenografiaba un homenaje, una estrellada nocturna desplegada en el cemento sucio. Una parodia de Broadways en el barro de la sodomía latinoamericana.

Las estrellas, pintadas en positivo y negativo, reafirmaban la poética del título de la acción «LO QUE EL SIDA SE LLEVÓ». El montaje hollywoodense de los, focos y cámaras de filmación, las travestis más bellas que nunca, engalanadas para la premier, posando a la prensa alternativa, mostrando la silicona recién estrenada de sus pechos. Todo el barrio deslumbrado por el fulgor de los flashes. Y toda la resistencia cultural en dictadura, políticos artistas, teóricos del arte, fotógrafos y camarógrafos sapeando la performance de «Las Yeguas del Apocalipsis», que regaron de estrellas el paseo comercial del sexo travesti.

Así, el barrio pobre por una noche se soñó teatro chino y vereda tropical del set cinematográfico. Un Malibú de latas donde el universo de las divas se espejeaba en el cotidiano tercermundista. Calle de espejos rotos, donde el espejismo enmarcado por las estrellas del suelo, recogía la mascarada errante del puterío anal santiaguino.

Allí la Madonna fue la más fotografiada, no por bella, sino más bien por la picardía tramposa de sus gestos. Por ese halo sentimental que coronaba sus muecas, sus contorsiones de cuerpo mutante que se reparte generoso a las llamaradas de los fotógrafos.

Fue la única que se la creyó del todo estampando sus manos gruesas en la cara del asfalto. La única que eligió a una camarógrafa mujer para que la videara. La única que le posó desnuda bajo la ducha. Tal como dios la echó al mundo, pero ocultando la vergüenza del miembro entre las nalgas. El candado chino del mundo travesti, que simula una vagina echándose el racimo para atrás. Una cirujía artesanal que a simple vista convence, que pasa por la timidez femenina de los muslos apretados. Pero a la larga, con tanto foco y calor, con ese narciso tibio a las puertas del meollo, el truco se suelta como un elástico nervioso, como un péndulo sorpresa que desborda la pose virginal, quedando registrado en video el fraude quirúrgico de la diosa.

Pasó el tiempo, vinieron los cambios políticos y la democracia organizó la primera muestra oficial del arte negado por la dictadura. El Museo Nacional de Bellas Artes y su repuesto director, Nemesio Antúnez, dieron el vamos al Museo Abierto, una gran muestra plástica que abarcaba todos los géneros, incluyendo la performance, la fotografía y el video.

Una de las salas del edificio se habilitó para exhibir las producciones de los videístas, y fue numeroso el público que repletó el espacio de libertad creativa propuesto por Nemesio Antúnez. La exposición no tenía censura previa, por lo que la Madonna de San Camilo pasó colada en el video «Casa Particular», que Gloria Camiruaga había realizado con las «Yeguas del Apocalipsis» en la calle travesti. Solamente a mediodía, cuando los colegios visitan los museos con su algarabía revoltosa, en ese tiempo libre que la educación destina al arte, una patrulla scout de niños ecológicos se instaló con su jefe Daniel Boom en la sala de videos para culturizar sus prácticas de salvataje. Y tras correr y correr las cintas testimoniales, las películas lateras de los videístas que quieren ser cineastas, las escenas intelectuales y narrativas del nuevo video pop, y tanto, tanto sopor de los cabros chicos obligados a gozar el arte. En medio de esa clase aburrida, la pantalla se ilumina con, el cuerpo desnudo de la Madonna y estallan en aplausos los críos, sobre todo los más grandecitos. Hasta el instructor Daniel Boom se puso lentes para seguir el paneo de la cámara por el cuerpo depilado de la loca; su perfil nativo, sus hombros helénicos, apretados en el gesto tímido de la ninfa, sus pequeños pezones abultados al juntar los brazos. Y los brazos, y su estómago plano donde la cámara resbala como en un tobogán. Y todos acezantes, los péndex agarrándose sus tultitas verdes. Los más grandecitos sofocados por la excitación de la cámara bajando en silencio por esa piel del vientre. Los pantalones cortos de los scouts levantando la carpa del marrueco, casi al mismo tiempo que el ojo de la pantalla aterrizaba en los pastizales púbcos. Todos en silencio, apretados de silencio,

pegados a la imagen recorriendo esa selva oscura, ese pliegue falso, esa hendidura de la Madonna conteniendo el aliento, sujetándose la próstata entre las nalgas, simulando una venus pudorosa para las bellas artes, para la cámara que hurga intrusa sus partes pudendas. Entonces, el elástico se suelta y un falo porfiado desborda la pantalla. Casi le pega en la nariz al jefe de brigada. Y en un momento todo es risa y aplausos de los péndex, todo es sorpresa cuando el desborde genital, de la Madonna se convierte en un grito morse que escandalea la sala. Todo es fiesta cuando la sala se repleta de otros escolares que visitaban el museo, tocándose, jugando a los agarrones, viendo una y otra vez la rápida metamorfosis, la repetición incansable del video reiterado en la cinta. Todo es emergencia para los empleados del museo tratando de cortar la película. Para el jefe de los scouts gritando que pararan esa obscenidad, ese escándalo sin nombre para los menores que se apretaban la guata riendo. Y una y otra vez el miembro reventaba la imagen. Una y otra vez la Madonna mostrando el truco, la verga travesti que campaneaba como un péndulo llamando a todo el museo, haciendo que corrieran las secretarias y auxiliares hasta la sala, provocando tanto despelote, tanto grito de los profesores y del jefe scout tocando el pito, vociferando que cortaran esa suciedad, que eso no era arte, eso era pornografía, pura mugre libertina que desprestigiaba a la democracia. Que cómo el director, el respetado Nemesio Antúnez, había permitido la exhibición. Que alguien lo llamara para que se hiciera responsable del bochorno. Porque sólo él podía dar la orden de parar la cinta. Entonces llegó Nemesio, que nunca habla visto el video, y después de conocer a la Madonna con su títere juguetón, dio orden de cortar la cinta. Y dando disculpas, dijo que en ese caso era aplicable la censura.

Tal vez la Madonna de San Camilo nunca supo del problema que le costó a Nemesio Antúnez un, tirón de orejas del presidente. Nunca supo de las canas verdes que le hizo salir a Nemesio asediado por los periodistas preguntando: ¿Por qué la censura ahora que estamos en democracia? Jamás supo que su inocente performance provocó una serie de expulsiones de otros artistas destapados que habían pasado piola. Además las críticas de la derecha, siempre dispuesta a remoralizar cualquier desborde de la naciente democracia. La Madonna nunca supo nada, ella estaba lejos del aparataje cultural cosiendo sus encajes minifalderos para deslumbrar a su anónimo transeúnte. Se pasaba las tardes pegando lentejuelas al ruedo vaporoso que arrepollaba sus caderas. Probándose cada blonda en el vaivén de ir a la esquina a comprar un cigarro suelto. Allí en el kiosco de diarios, vio la noticia, y supo de la gira de Madonna por Latinoamérica. Supo que vendría a Chile con un rebaño de Boeing que cargarían la estruendosa superproducción de la cantante. Desde entonces no habló de otra cosa. Voy a ser su amiga, decía cuando me vea sabrá que nacimos una para la otra. Hasta es posible que hagamos un show juntas, o me elija como su doble para las entrevistas. Y tantas cosas que tiene que hacer cansada la pobrecita. Tantas giras, tanto avión, tanto hombre siguiéndola después de los conciertos. Yo sería como su amiga íntima, su secretaria, su confidente que la mandarían a dormir sin pastillas. Un baño tibio con eucaliptus, una agüita de toronjil, un masaje en los pies contándole mi vida, y al final terminaríamos roncando juntas en su enorme cama de raso negro.

Quizás si Madonna hubiera conocido tales sueños, si le hubiera llegado al menos una de sus cartas, habría extendido su gira hasta este fin de mundo. Pero los Boeing nunca atravesaron la cordillera, sólo llegaron hasta Buenos Aires, donde el escándalo

de la diva sacó roncha en la moral transandina. Por eso los ecos de aquella actuación motivaron la clausura de su show en Chile. Según las autoridades no hubo censura, solamente que «no había auspiciadores para Madonna en este país». Así todos supieron que detrás de esta blanca excusa había operado la mano enguantada de la moral, desviando la comitiva de la diosa sexy de regreso al primer mundo.

La Madonna de San Camilo nunca se repuso del dolor causado por esta frustración, y la sombra del sida se apoderó de sus ojeras enterrándola en un agujero de fracasos. Desde ese momento, su escaso pelo albino fue pelechando en una nevada de plumas que esparcía por la vereda cuando patinaba sin ganas, cuando se paraba en los tacoagujas toda desabrida, a medio pintar, sujetándose con la lengua los dientes sueltos cuando preguntaba en la ventana de un auto: ¿Míster, yu lovrni?

Y así, finalizando su espectáculo, cerró los ojos, como un cortinaje pesado de rímel que cae en el estruendo los aplausos. El último dance queda interrumpido. Bruscamente cortada la respiración, el motor del pecho es un auto sport detenido en la costanera francesa. La boca entreabierta, apenas rosada por el plumaje del ocaso, es un beso volando tras el lente que nunca imprimió la última copia de Madonna, la última caricia de su mejilla damasco, apoyada en el hombro salpicado de brillos que estrellan su noche lunar. Desmadejada por dentro, la de cuerpo es tina sombra minifalda como un flaco favor la contextura elástica de la diva. Nadie podría ser pareja de su dancing, girando sola más allá de nuestros ojos, despidiéndose en el aeropuerto quemada por los flashes, divinizada por tanta foto que la descalza en las poses, como muñeca mecano que se reparte múltiple hasta el infinito. Nadie podría alcanzarla, bajando la escalera en retirada al campanazo de la medianoche, esparciendo sus tacoaltos en los peldaños de plata. Fugándose prisionera de la farsa, huérfana de sí misma y huérfana de la Monroe, que irónica en el cartel original, retorna a las dos Madonnas al barrio sucio. Quizás el único lugar donde pudieron encontrarse, compartiendo un chicle, entonando alguna canción, o intercambiando secretos de tinturas para el pelo.

## “Hablo por mi diferencia”

Poema manifiesto de Pedro Lemebel

No soy Pasolini pidiendo explicaciones  
No soy Ginsberg expulsado de Cuba  
No soy un marica disfrazado de poeta  
No necesito disfraz  
Aquí está mi cara  
Hablo por mi diferencia  
Defiendo lo que soy  
Y no soy tan raro  
Me apesta la injusticia  
Y sospecho de esta cueca democrática  
Pero no me hable del proletariado  
Porque ser pobre y maricón es peor  
Hay que ser ácido para soportarlo  
Es darle un rodeo a los machitos de la esquina  
Es un padre que te odia  
Porque al hijo se le dobla la patita  
Es tener una madre de manos tajeadas por el cloro  
Envejecidas de limpieza  
Acunándote de enfermo  
Por malas costumbres  
Por mala suerte  
Como la dictadura  
Peor que la dictadura  
Porque la dictadura pasa  
Y viene la democracia  
Y detrasito el socialismo  
¿Y entonces?  
¿Qué harán con nosotros compañero?  
¿Nos amarrarán de las trenzas en fardos  
con destino a un sidario cubano?  
Nos meterán en algún tren de ninguna parte  
Como en el barco del general Ibáñez  
Donde aprendimos a nadar  
Pero ninguno llegó a la costa  
Por eso Valparaíso apagó sus luces rojas  
Por eso las casas de caramba  
Le brindaron una lágrima negra  
A los colizas comidos por las jaibas

Ese año que la Comisión de Derechos Humanos  
no recuerda  
Por eso compañero le pregunto  
¿Existe aún el tren siberiano

de la propaganda reaccionaria?  
Ese tren que pasa por sus pupilas  
Cuando mi voz se pone demasiado dulce  
¿Y usted?  
¿Qué hará con ese recuerdo de niños  
Pajeándonos y otras cosas  
En las vacaciones de Cartagena?  
¿El futuro será en blanco y negro?  
¿El tiempo en noche y día laboral  
sin ambigüedades?  
¿No habrá un maricón en alguna esquina  
desequilibrando el futuro de su hombre nuevo?  
¿Van a dejarnos bordar de pájaros  
las banderas de la patria libre?  
El fusil se lo dejo a usted  
Que tiene la sangre fría  
Y no es miedo  
El miedo se me fue pasando  
De atajar cuchillos  
En los sótanos sexuales donde anduve  
Y no se sienta agredido  
Si le hablo de estas cosas  
Y le miro el bulto  
No soy hipócrita  
¿Acaso las tetas de una mujer  
no lo hacen bajar la vista?  
¿No cree usted  
que solos en la sierra  
algo se nos iba a ocurrir?  
Aunque después me odie  
Por corromper su moral revolucionaria  
¿Tiene miedo que se homosexualice la vida?  
Y no hablo de meterlo y sacarlo  
Y sacarlo y meterlo solamente  
Hablo de ternura compañero  
Usted no sabe  
Cómo cuesta encontrar el amor  
En estas condiciones  
Usted no sabe  
Qué es cargar con esta lepra  
La gente guarda las distancias  
La gente comprende y dice:  
Es marica pero escribe bien  
Es marica pero es buen amigo  
Súper-buena-onda  
Yo no soy buena onda  
Yo acepto al mundo  
Sin pedirle esa buena onda

Pero igual se ríen  
Tengo cicatrices de risas en la espalda  
Usted cree que pienso con el poto  
Y que al primer parrillazo de la CNI  
Lo iba a soltar todo  
No sabe que la hombría  
Nunca la aprendí en los cuarteles  
Mi hombría me la enseñó la noche  
Detrás de un poste  
Esa hombría de la que usted se jacta  
Se la metieron en el regimiento  
Un milico asesino  
De esos que aún están en el poder  
Mi hombría no la recibí del partido  
Porque me rechazaron con risitas  
Muchas veces  
Mi hombría la aprendí participando  
En la dura de esos años  
Y se rieron de mi voz amariconada  
Gritando: Y va a caer, y va a caer  
Y aunque usted grita como hombre  
No ha conseguido que se vaya  
Mi hombría fue la mordaza  
No fue ir al estadio  
Y agarrarme a combos por el Colo Colo  
El fútbol es otra homosexualidad tapada  
Como el box, la política y el vino  
Mi hombría fue morderme las burlas  
Comer rabia para no matar a todo el mundo  
Mi hombría es aceptarme diferente  
Ser cobarde es mucho más duro  
Yo no pongo la otra mejilla  
Pongo el culo compañero  
Y ésa es mi venganza  
Mi hombría espera paciente  
Que los machos se hagan viejos  
Porque a esta altura del partido  
La izquierda tranza su culo lacio  
En el parlamento  
Mi hombría fue difícil  
Por eso a este tren no me subo  
Sin saber dónde va  
Yo no voy a cambiar por el marxismo  
Que me rechazó tantas veces  
No necesito cambiar  
Soy más subversivo que usted  
No voy a cambiar solamente  
Porque los pobres y los ricos

A otro perro con ese hueso  
Tampoco porque el capitalismo es injusto  
En Nueva York los maricas se besan en la calle  
Pero esa parte se la dejo a usted  
Que tanto le interesa  
Que la revolución no se pudra del todo  
A usted le doy este mensaje  
Y no es por mí  
Yo estoy viejo  
Y su utopía es para las generaciones futuras  
Hay tantos niños que van a nacer  
Con una alita rota  
Y yo quiero que vuelen compañero  
Que su revolución  
Les dé un pedazo de cielo rojo  
Para que puedan volar.